

JESUS MEDINA ROMERO

*Evocaciones de
Quintín Paredes*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
SAN LUIS POTOSÍ, 1961

OFICINA DE LA EDITORIAL UNIVERSITARIA POTOSINA
TALLERES DE LA EDITORIAL UNIVERSITARIA POTOSINA
OBREGÓN 54
S. L. P.

Literatura

357

JESUS MEDINA ROMERO

*Evocaciones de
Quintín Paredes*

UNIVERSIDAD AUTONOMA
SAN LUIS POTOSI 1961



Vineta de
RAUL GAMBOA

Editorial Universitaria Potosina

A los pueblos de México

LA CASA

LA CASA en que nació Quintín Paredes era como todas las casas grandes de pueblo: en la lisa fachada, muy por debajo de las canales de piedra alineadas como cañones de combate, se abrían el gran rectángulo del portón en medio, a la derecha los más angostos y más bajos de las ventanas y a la izquierda las puertas de la tienda.

El amplio zaguán, encuadrado por poyos angulares y sonoro de trinos, daba acceso por la derecha a la sala: olor a humedad, ventanas casi siempre cerradas, rinconeras en las que crecían plantas de sombra, estrado de bejuco y en el centro una mesa de ébano con cubierta de mármol.

A la izquierda del zaguán estaba la tienda con

su mostrador de mampostería y cubierta de madera laminada, con su piso de cemento en la parte de los marchantes, de tarima en la de los dependientes y sus verdes anaqueles para las mercancías.

Más allá del zaguán, el huerto limitado por un murete con macetones florecidos y sembrado de árboles frutales y de ornato: duraznos amarillos y velludos, troenos de racimos belicosos cuando sus frutos eran arrojados por las cerbatanas de los muchachos, y un albaricoquero al que en otoño nevaban las plúmulas contradictorias de los gusanos quemadores.

En el centro del huerto un pozo con brocal, y en un ángulo de los pasillos, derramando su luz sobre la puerta de una recámara, un jazmín solitario de penetrante aroma crepuscular. Junto a la entrada del comedor crecía una madreselva que Quintín nunca vio florecer, y por eso años más tarde había de sorprenderse cuando supo que las madreselvas florecen en diminutas y aromáticas corolas.

Completaban la flora de la casa dos camelinas que sobre un mar de verdura dejaban caer sus flores como áncoras moradas y, en tiestos vidriados y uniformes, el cilantro y la yerbabuena, la mejorana y el tomillo, con sus virtudes culinarias y terapéuticas.

A la izquierda del patio había un cobertizo de lámina, que en épocas de lluvia sonorizaba la tarde

con una cantilena que a veces persistía durante toda la noche, y al fondo estaban la cocina y la panadería en cuyo horno se doraba, como sartal de joyas sueltas, el pan de la familia.

Ya en los confines de la casa había un corralón donde Quintín y sus condiscípulos, de tarde en tarde y a hurtadillas, jugaban a las "tumbadas".

Era una de tantas casas grandes de pueblo mexicano, moradas de familias conformes, de costumbres irremediablemente conservadoras y de renacida dignidad castellana.

LA SEÑORA DE DON PASCUAL

No TENÍA la tosquedad de las mujeres lugareñas. La señora de don Pascual era fina, de una finura de fruto exótico.

Cuando llegaba en su automóvil y aparecía en la casa de Quintín, saturábase el aire de lejanos perfumes como en un tránsito de otoños andariegos. Parecía como si a fuerza de cruzar el océano su piel hubiese adquirido esa claridad de espuma trasatlántica, y como si sus ojos hubieran cobrado su nostalgia campesina de tanto contemplar las heredades desde las ventanillas de los trenes.

La señora de don Pascual, aquel magnate fanfarrón de las cazadoras de gamuza, de las rojas mascadas y los puros habanos, hablaba suavemente, como

gozando en sí misma las palabras, y decía sus pensamientos con un prestigio de cosa siempre nueva. Quintín gustaba de oírla, pero todo tímido, ardíanle las mejillas cuando la señora se acercaba a platicarle y él sentía el aleteo de aquellas pestañas, que eran como los arcos de dos grutas verdeantes de yerbas acuáticas. Mas su timidez se disipaba cuando ella le ofrecía brillando entre sus dedos de piñón el iris de un confite, procedente tal vez de algún almacén de lujo.

La señora de don Pascual, como su esposo, también fumaba, pero cigarrillos aromáticos, y aquel espectáculo de ver fumar a una mujer ponía cierta extrañeza en las gentes del pueblo. Envuelta en el humo gris, con los castaños cabellos sobre el suéter verde, hacía evocar lejanamente el cuadro de un incendio campesino.

No siempre eran visitas de cumplido las que aquella señora se dignaba hacer a la casa de Quintín; por el contrario, las más de ellas eran informales, ya que le agradaba esperar a su esposo, abstraído en la tarea de cabalgar por las dehesas de toros bravos que poseía por aquellas comarcas, en la banca de la tienda, la misma que diariamente, después del rosario, ocupaban algunos señores principales, Caballeros de Colón que encendían la tertulia de diatribas contra los masones y de vehementes elogios sobre la última encíclica de Su Santidad Pío XI.

Desde ahí la señora, con una copa de jerez en la mano, veía transcurrir la vida del pueblo cuando no posaba sus ojos sobre las mercaderías de la tienda, sobre las fajas de colores de las telas o sobre la abigarrada muchedumbre de los abarrotes.

Los chiquillos de la calle, con el índice en la nariz, la miraban curiosos mientras el surtidor del humo iba brotando de aquellos labios frescos, hasta perderse en el aire saturado de olor de café recién molido.

Pero aquella señora, como flor que se agosta en un clima que no es el suyo, no podía permanecer indefinidamente en el pueblo, y por eso una mañana se iba en su automóvil, acaso para no volver, y de ella sólo quedaba en el ambiente una hebra sutil de perfume costoso.

LOS ARRIEROS

SI HAY algún tipo en México cuya vida se mueva dentro de un marco de pura poesía, es sin duda el arriero, ese peregrino infatigable que va por los caminos a pie, sin más compañía que sus mulas o sus asnos, y sin otra defensa que una vara de membrillo que utiliza como flagelo para avivar el paso de las bestias cansinas.

Los arrieros sí que conocen la ruda geografía de su patria, porque sobre ella han dibujado con sus pies un mapa doloroso de peregrinaciones. Conocen los caminos sedientos y los azules ojos de agua, los bosques donde se han cometido raptos y las cañadas que sirven de escondrijo a los ladrones. Han visto amanecer sobre valles dilatados, han oído la vocecita hueca de la campana que a mediodía rompe el silencio

de las aldeas, han llegado en las tardes a las ferias de los pueblos y han resistido en la alta noche, sobre sus cuerpos sarmentosos, el azote de las tempestades que estallan en la sierra.

Esa vida de andanzas y trabajos ha hecho de los arrieros un motivo dominante en la poesía del pueblo:

*¡La vida de los arrieros
tirados por los caminos!
Las mujeres en sus casas
con diferentes maridos.*

También habla el son abajeño de los ímpetus del payo que quisiera llenarse de caminos, por más que lo detenga el temor de largar la querencia:

*Ya los arrieros se van,
y yo que los voy siguiendo.
¡Ay qué bueno está mi amor,
y más que se irá poniendo!*

O del arriero cansado de distancias, que con el corazón alegre todavía, renuncia a las veredas para quedarse perdido en algún pueblo:

*Ya no quiero ser arriero
de las mulas de Tepic.
Quiero ser atajador
de las muchachas de aquí.*

En tiempo de Quintín los arrieros vestían simplemente camisa y calzón de manta trigueña, cubrían su cabeza con sombrero de palma y no calzaban más que los huaraches andariegos. Quintín recuerda todavía los botoncitos azules con que abrochaban su camisa.

Pero con tanta pobreza en el vestir, algunos ceñían un cinturón en forma de serpiente, la avariciosa "víbora" de cuero, cuyas entrañas estaban constituidas por cantarinos y relucientes pesos de plata, y aun sobre esta riqueza se fincaba su prestigio más alto: el de ser portadores de ensueños y llevar hasta el alma dormida de las aldeas los mínimos goces de las ciudades, convertidos en abalorios para las muchachas y en juguetes para los niños.

Quintín recuerda aún aquellos organillos de boca procedentes de Alemania, que traían impreso en sus cajitas rojas con estrellas doradas el retrato de don Porfirio, y recuerda cómo más de una vez se acostó la noche de un sábado apretando en la mano el "domingo" anticipado, para soñar con los arrieros que a la mañana siguiente le traerían la alegría sobre el lomo de un asno, en cuyos ojos temblaba aún el verdor del campo amanecido.

LA FRUTA DE HORNO

ANTONIO PICÓN, el panadero, ocupa un sitio muy especial en los recuerdos de Quintín Paredes. Más que panadero, Antonio era el orfebre de la harina, ya que poseía como ninguno los secretos del amasijo y del horno.

En su panadería fragante de labores amables, alineadas sobre las hojas puestas en los anaqueles o formando montones dentro de los canastos, estaban todas las variedades conocidas del pan. Entre las de grasa había esponjas escarchadas y ásperas, camelias de grietas superficiales, libros de miga compacta y absorbente, alamares de azucarados arabescos, chamucos de dulzura circundada por un ribete de insipidez, limas de dorado pezón como senos en plenitud, conchas de suaves gajos rescatadas de la marea del horno.

Luego venían las variedades del pan de agua o pan floreado, una delgada corteza rubia y el corazón blanquísimo: las colasas en forma de pulseras torzales, los torcidos en forma de trenza y unas piezas entre bolillo y telera a las que la gente llamaba pan francés.

Entre las especies del pan de huevo había una torta que era casquete polar de la sabrosura, y cuyo secreto de conservación sólo aquel panadero poseía. Junto a ella, los cuernos de migajón amarillo de honradez y los apretados de apariencia de puños.

Por último ahí estaban las piezas del pan más popular: las semitas de granillo, de incitante y morena piel, opacas y rojizas como cazuelas invertidas o vidriosas de caramelo y pecosas de ajonjolí, los puerquitos de color de cera de Campeche y, también de piloncillo y carbonato, las morelianas de ondulados bordes.

Pero la fruta de horno era el milagro de la harina: los merengues de color crema o rosado que se deshacían en la boca igual que un beso, los polvorones como miniaturas de terracota sedienta, los rosquetes de cerradas estrías, las puchas de leve consistencia, con aspecto de cráteres coronados de nubes, las soletas como astillas de tardes abaciales.

La fruta de horno ocupaba un lugar aparte de las

otras especies del pan y sólo se elaboraba los sábados y los domingos. Por las noches, en una tabla cubierta con mantel de alemanisco y colocada sobre una cabrilla junto a la puerta, se expendía bajo el cuidado personal del panadero, que con una borla de papel sujeta de una varita espantaba los moscas, zumbantes alrededor del mechero de petróleo.

Al correr del tiempo Quintín Paredes, en sus excursiones por los pueblos de su patria, ha vuelto a probar más de una vez de esas gollerías y no las ha encontrado iguales. ¿Será por la falta de escrúpulos de quienes las elaboran, o porque la fruta de horno de Antonio Picón estaba aderezada con el cariño de un hombre bueno, tan bueno como el pan de la niñez?

EL PADRE GONZALEZ

EL PADRE González hubiera podido representar cumplidamente al cura de misa y olla. Superados los esfuerzos considerables que debieron llevarle al sacerdocio, lo ejercía con una ingenuidad y con un gozo interior que le rezumaban por los poros.

Descuidada en extremo su persona, el único detalle de pulcritud que ostentaba era la redonda tonsura, símbolo de su trabajosa dignidad eclesiástica. Por lo demás resultaba conmovedor el oírle explicar, con los cabellos avvicindados sobre la frente, la epístola de San Pablo a los romanos o en la festividad de San Pedro Apóstol, patrono del pueblo, verle descender de la sagrada tribuna después de pedir excusas a los fieles por habérsele olvidado medio sermón.

Pero a falta de los dones que le negó el intelecto, el padre González ponía un celo inusitado en el ejercicio de su ministerio, ejercicio que le llevó a fulminar, atribuyéndose los más amplios poderes, la excomunión contra todos los impíos que practicasen el deporte del beis-bol, exótico en aquellos lugares, o contra los majaderos que se negasen a besarle la mano.

Cuando se hizo indispensable sustituir el piso de gastados ladrillos de la iglesia por uno más decoroso y duradero, el padre González obligó, so pena de excomunión, a todos los habitantes del pueblo a contribuir con uno o varios mosaicos para tan noble y necesaria obra. El día que los mosaicos, procedentes de la más cercana ciudad hacían su arribo al pueblo sobre los lomos de cansados y sufridos asnos, fueron echadas a vuelo las campanas, y por la noche, en procesión solemne, una doble fila de muchachas y de mancebos condujo en sus manos los duros cuadrados del pavimento, hasta los pies de la santa imagen de San Pedro Apóstol.

El hermano Nino, cantor y sacristán de la iglesia, se empeñaba en lucir su ingrata voz desde el coro y el supuesto virtuosismo de sus dedos ante el *armonium*; pero en los rosarios cantados, a juzgar por la actitud del sacerdote sentado dentro del púlpito, de quien sólo emergía la cabeza extática, todos los misterios, fueran estos gloriosos o dolorosos, habían de convertirse, tras los decimarios de las avemarias, en mis-

terios gozosos al conjuro del arte musical de Nino.

En los matrimonios, en las primeras comuniones o en los bautizos, se vio más de una vez al padre González, ataviado con capa pluvial, presidir los banquetes o las meriendas y lucir la sutileza de sus dientes a merced de un muslo de guajolote, para dejar libre cauce al tinto de importación, o engullir con el mayor desenfado un respetable montículo de puchas y polvorones, rociados con chocolate del de libra con libra o con rompopé monjil.

Pero el padre González era la esencial alegría de aquellos convivios, y en ellos no se podía prescindir de su persona. Daba gloria verle llegar precedido de "Palomo", su blanco perro de lanas, con dos o tres chiquillos prendidos de sus ropas fragantes de copal y sucedido de sus modestas y solterísimas hermanas, tenebrosas de lutos inmotivados.

La paz del pueblo estaba en las manos de aquel hombre. Pero como las épocas felices han de llegar fatalmente a su fin, la persecución que el presidente Calles ordenó contra los eclesiásticos vino a derrumbar la inefable alegría de aquellas gentes sin sombra de pecado. Cuéntase que el padre González, al saber del suceso, se encerró en una de tantas casas piadosas dispuestas a acogerle, y que en un raptó de supremo heroísmo prometió no rasurarse sino hasta la total restauración de los cultos.

Aquí se pierde el hilo de su pequeña historia, y no se sabe si el padre González tuvo tiempo de liberar su cara de aquella oscura promesa, o si entró en la paz del Señor, orlado su rostro de una barba florida.

LOS CHICALES

DOÑA Marta Pedroza poseía como nadie el secreto de los higos pasas. Cuando estaban maduros en las higueras los mandaba cortar, y en canastas de carrizo eran llevados a la cocina. Tras de lavarlos hasta que quedaban lustrosos como si fueran de azabache, doña Marta los partía a lo largo con el cuchillo sacramental, dejando las dos mitades unidas por el rabillo. Después eran montados sobre alambres que corrían a lo largo del patio, y ya el sol y el tiempo se encargaban de orear su corteza y acrecentar las mieles de su carnosa pulpa.

Cuando desde el salón de clase en el lado sur de aquella casa contemplaba Quintín los rosarios de higos puestos al sol, un arroyo de gula destilaba en su boca y jamás le parecía tan perezoso el transcurrir

del tiempo, que habría de proporcionarle ocasión de merodear por el patio so pretexto de satisfacer las urgencias de su fisiología.

Doña Marta era madrastra de la madre de Quintín, pero a éste lo quería como a cualquiera de sus nietos. Y aunque aquella anciana pequeña, encorvada de años y trabajos, no era ciega a los hechos bandoleriles del escolar, en el tiempo propicio le llamaba al salir de las clases, y con sus manos trémulas henchía generosamente sus bolsillos y su mochila de aquellas pasas de higo que resumían toda la dulzura de la casa ancestral. Ni siquiera lo recriminaba por su conducta; por el contrario, su rostro enjuto, decorado de barbadas verrugas, se iluminaba con una sonrisa entre inocente y burlona en el acto del obsequio.

Quintín salía de la escuela como no queriendo la cosa, pero a cada paso volvía la cabeza, con los ojos y el ánimo dispuestos a descubrir a la anciana señora. Si esto no sucedía, a pesar de irse quedando el último, traspuesto el umbral de la puerta la cerraba con furia, y si ni al estruendo de las maderas y los aldabones acudía doña Marta, como amante burlado emprendía lentamente el camino hacia su casa. ¡Ya podía quedarse doña Marta con sus higos apachurrados! Al fin y al cabo en la huerta de su padre los había gruesos y reventones, con su gota de miel sobre la corona.

Mas pensándolo bien, los chicales de doña Marta no eran cosa de despreciarse, y en el peor de los casos lo que no había tenido por la buena podía conseguirlo por la mala, y hasta llegó a pensar que los higos robados tenían un delicioso sabor que faltaba a los obtenidos de buena ley.

El nuevo día sería testigo del nuevo latrocinio, y por la noche la madre de Quintín, al acostarlo, no comprendería el sentido de las alegres risotadas de su hijo y simplemente movería, consternada, la cabeza.

En el solar nativo, aquellas nobles higueras aún conservarán la dulzura que al correr del tiempo había de faltar al espíritu de Quintín Paredes.

LA LOTERIA

PASADA LA solemnidad de San Pedro Apóstol lo único que de la feria quedaba por algún tiempo era la lotería.

Bajo un toldo de lona y a la verdosa luz de las linternas de gasolina se desarrollaba el juego. A lo largo de toscos tablones, a guisa de sillas, tomaban asiento los jugadores, y sobre tablas más anchas, a guisa de mesas, seguían el juego en los cartones con figuras distintas entre sí, que la muchacha del negocio repartía entre quienes pagasen su cuota por jugar.

En el centro del rectángulo que formaban las mesas podía verse un globo de alambre donde se revolían las tabletas del juego, cada una con una figura, y junto al globo el altarete de los premios: botellones

de barro de Guadalajara, jarras de vidrio azul de Carretones, floreros de terracota de Dolores, charolas de hojalata de quién sabe dónde...

Anunciaba el gritón el premio que se ofrecía, y tras una o dos vueltas del globo su mano sacaba por la ventanilla las figuras una por una y con voz de trueno las iba mencionando, no con su nombre, sino con las perífrasis que algún anónimo poeta había compuesto para ellas:

*¡Palmero, sube a la palma,
bájame un coco de a real!*

*¡Ponle su gorrito al niño,
no se nos vaya a enfermar!,*

y las gentes del candoroso juego iban colocando patoles o colorines sobre las figuras que les cabían en suerte. El afortunado que primero completaba su cartón gritaba: "¡Lotería!", y entonces la muchacha iba risueña hasta él para entregarle alguna de aquellas manifestaciones de la artesanía popular.

Pero lo curioso de aquel juego, inocuo por naturaleza, era que pocas veces resultaba limpio en las manos de aquel malicioso feriante, un cincuentón alto y seco, de ojos de gavilán, que conocía como nadie las flaquezas de la sociedad pueblerina, y que no desaprovechaba coyuntura para zaherir o simplemente mo-

lestar desde su tribuna a las gentes que podían ser blanco de sus puyas. Así, llegada la ocasión, el pregonero callaba los versos de la figura extraída del globo y decía jocundo los de la que más cuadraba al candidato.

Si era noche de sábado y pasaba por la calle alguna criada de casa rica, vaporosa de jabón de olor y con las mejillas carminadas de sangre nueva, apostillaba el gritón:

*¡La sandía y su rebanada!
¡Agua se me hace la boca
de verla tan colorada!*

Si pasaba un catrín venido a menos, sin dinero en los bolsillos y con la sola opulencia de su traje lustroso del trato con las planchas, gritaba el pregonero:

*¡Don Ferruco en la alameda
su bastón quería empeñar!*

Si el transeúnte era un caballereito hermano de alguna moza que hubiese sido víctima del perjurio de un seductor, declamaba el gritón:

*¡La luna tuerta de un ojo
y tu hermana de los dos!*

Si se trataba de algún modesto filarmónico que caminase entre los humos de la embriaguez y trastrabillando con su instrumento a cuestas, resonaba la voz:

*¡El violoncello amarillo!
¡Quién lo pudiera tocar!*

Si alguna vez pasaba cierto grave señor, paradigma de la buena sociedad, Caballero de Colón y amantísimo padre de familia, cuyos discretos devaneos no conociese el pueblo, el de la lotería se encargaba de publicarlos:

*¡Ya te vide en ca' "La Güera",
no me lo puedes negar!*

Y en fin, si discurría por la calle algún gachupín afortunado, el pregonero, que no desconocía del todo la historia de México, le clavaba una banderilla:

*¡Arbol de la Noche Triste,
donde me senté a llorar!*

Las víctimas del despiadado gritón nada podían contra él por la falta de recursos legales procedentes y, en última instancia, por temor de un escándalo. Sólo cuando por un descuido el pregonero gritaba dos veces la misma carta, los parroquianos descubrían la chapuza y entonces parecía que participaban de las

burlas inferidas a sus paisanos, y a manotazos sobre las tablas exigían la devolución de sus cobres, los que el feriante entregaba gustoso, libre ya de sus hieles sin motivo.

Las ferias antiguas de los pueblos eran retablos del color vernáculo poblados de tipos insustituibles.

LAS CAMPANAS

¡QUÉ A gusto se sentía Quintín en el campanario! Cuando después de reiteradas súplicas lograba que el sacristán le permitiese subir a la torre, no sin recomendarle precaución y que no fuera a tocar las campanas, prorrumpía en gritos de gozo al sentirse con el mundo a sus pies. ¡Qué insignificantes resultaban las gentes contempladas desde aquellas alturas! ¡Qué distinta compañía la de las campanas y las palomas de la de su maestro y sus discípulos!

Bajo los arcos de medio punto estaban las esquilas, con su badajo libre de ataduras y su melena de encino, y en el ámbito de la torre las campanas de cuerda. Había también una esquila mecánica que doblaba con sólo dar vuelta a un manubrio, y que en los repiques hacía las glorias de aquel escolar, siempre

que el engrécido del campanero lo dejase manejarla.

La esquila más pequeña sonaba con un tin-tín de cristal que ponía un viso azul en el aire, como si a su voz se ploblara de yedras la mañana. El esquilón más grande dilataba su acento en un doblar solemne, que encendía de girasoles las fiestas de la cristiandad o las fechas gloriosas de la patria.

Entre las campanas de cuerda había una humilde señora de voz cascada, elegida para llamar a los fieles a las misas rezadas, y desde luego la campana mayor, que dejaba caer desde la torre las avemarías, las doce y las notas de la oración, como esferas de bronce que se quebrasen al chocar contra el empedrado de las calles.

El alma musical de Quintín sentía una sorda envidia de Beto el campanero, un ex-seminarista petulante con ribetes de canónigo, quien sin comprender aquel mundo de sonoridades disponía de las campanas a su antojo, como el director que tiene al alcance de su mano el virtuosismo de la orquesta. Envidiaba también a las palomas de pechos abultados y rojos pies, que en su redondo vagar por la falda de las campanas les arrancaban melodías apenas perceptibles.

¿Y por qué no llegar a convertirse, al correr de los años, en el campanero titular? Después de todo sería éste un recurso fácil, poéticamente fácil, para

hacer pensar al pueblo todos los días en la existencia de Quintín Paredes. Él haría levantarse a las mozas del lecho para asistir a la misa del alba; él apresuraría a las viejas en sus quehaceres para emprender el camino del rosario; él congregaría a los hipócritas en los ejercicios espirituales de la cuaresma y, por último, él despediría de este mundo a los muertos significados con un "doble" de metales sombríos.

Mas Quintín Paredes salió de aquel pueblo sin coronar su sueño, y al oír hoy alguna vez las campanas de la ciudad, menos suyas y elocuentes, más triviales y ambiguas, piensa si aún se quebrará el silencio matinal de su pueblo y la quietud crepuscular de sus campos con las voces de sus campanas remotas, entrañables como corazones abiertos.

LA ESCUELA

EN CONTRA de lo que debería suponerse, el tiempo más doloroso de la infancia de Quintín fue el de los años escolares.

En un destartalado salón y sobre pupitres de pino sin barnizar, se verificaba el aprendizaje bajo la férula del maestro Cecilio, hepático de crueles pedagogías, que observaba como nadie el antiguo precepto de que "la letra con sangre entra".

El maestro Cecilio era viejo, alto y cargado de espaldas. Vestido con traje de cantón, camisa de manta trigueña y sin corbata, caminaba de pupitre en pupitre, con paso trotón, revisando la escritura de sus alumnos, después de haberlos martirizado uno por uno sobre la plataforma que le servía de cátedra.

Allí les tomaba las lecciones deletreadas del absurdo *Silabario de San Miguel*, o las más avanzadas, pero más embusteras de *El lector católico mexicano*, y cuando los escolares no sabían la lección, una oscura regla de ébano se encargaba de avivarles la inteligencia desde las sufridas y zarandeadas asentaderas.

Era terrible el momento en que Quintín y sus compañeros subían a la plataforma y contemplaban de cerca el rostro de aquel viejo, cuyos ojos inexpresivos parecían estar siempre desvelados, con las cerdas lacias y ralas del bigote, y los tendones del cuello moviéndose entre la holgura de la piel. El índice derecho de don Cecilio, sin uña, redondeado y brillante como punta de sonda a consecuencia de una mordedura de víbora, iba siguiendo sobre la amarillez de las páginas los negros caracteres, y su voz cavernosa hacía vibrar los nervios de sus discípulos como si fuesen el diapasón del miedo. Y cuando entre sollozos de dolor, de rabia y de impotencia descendían de la plataforma, ya llevaban el germen del odio dentro del pecho.

Largo tiempo permanecían en el pupitre avergonzados y llorosos, hasta que las golondrinas que anidaban en las vigas del techo les hacían olvidar su amargura.

Pero los padres de familia demostraban una fe inquebrantable en los procedimientos de don Cecilio, al

presentarse cada día dos de enero a matricular a los pequeños esclavos, los que eran puestos, "con todo y asentaderas", en las manos de aquel ogro de la enseñanza.

Quintín Paredes no pudo comprender entonces, ni puede comprender ahora la admiración que aquellas cándidas gentes profesaban al maestro Cecilio, sobre todo cuando en la ceremonia oficial de las fiestas patrias, en un discurso plagado de expresiones manidas, hablaba el maestro con su voz de caverna erizada de erres, de "todos los horrrrores que nuestros ancestros indios padecieron bajo la férrrea mano de Herrrán Corrtés".

Pero después de todo, a Quintín le complace la evocación de los años dolorosos de su vida escolar. ¿No será porque en aquel galerón de paredes descascaradas, sobre aquellos bancos de pino generoso, bajo los vuelos de aquellas golondrinas veraniegas, descubrió la primera noción del mundo? ¿No será porque lo que se logra con dolor adquiere con el tiempo un prestigio de cosa más humana y eterna?

EL FONOGRAFO

PIENSA Quintín Paredes que el gusto por la música constituye uno de los valores espirituales del mexicano. Recuerda cómo los domingos de su niñez, en las tiendas en que había fonógrafo, los rancheros se congregaban para escuchar, a centavo la pieza, las creaciones del alma popular.

En un extremo del mostrador estaba el fonógrafo de cilindro, con su bocina cónica que se abría en un pabellón latonado. Colocaba el patrón un pequeño tubo de pasta negra y reluciente sobre el cilindro de níquel, daba cuerda al aparato, con exquisito cuidado ponía sobre el primer surco de la grabación el diamante del diafragma, y a los pocos segundos, sobre un ruido como de hoja que arrastra el viento, se escuchaba la voz del locutor mexicano: "¡El descarrila-

miento de Tenamatla! ¡Primera parte! ¡Por Rafael Herrera Robinsón! ¡Fonograma Edison!", y la voz del pintoresco cantor, entre la florituras de la guitarra, comenzaba a referir la catástrofe. El círculo de rancheros con ropa nueva y la cabeza de lado cerrábase en torno de aquella máquina sonora para gustar las delicias del canto.

Algunas veces el patrón se proponía deslumbrar con su gusto más depurado al campesino auditorio; entonces se dejaba oír la voz de un anunciador gringo que decía: *Adio Napoli! Signor di Mantini! Columbia record!*, y los rancheros escuchaban perplejos, pero sin protestar, aquel extraño idioma de pedanterías guturales.

Agotado el repertorio del patrón y repetidas las piezas más gustadas de la rueda, ya con el sol en el principio de su descenso, los marchantes pedían cada uno una lata de sardinas portuguesas y una pieza de pan floreado, alimentos que despachaban con una soda de grosella, y emprendían el retorno a sus hogares.

En la trastienda de la casa donde nació Quintín y sobre una petaquilla que al abrirse inundaba el ambiente de un aroma de durazno prisco, estaba el fonógrafo de su padre. Allí se inició Quintín en el amor a la música, y breves le parecían las horas que entre los miembros de su familia pasaba escuchando el mágico instrumento. ¡Si le hubieran dejado manejar el

fonógrafo]. . . Mas buen cuidado tenía su padre de guardar las piezas en altos anaqueles, fuera del alcance de aquellas manos inquietas que pudieran destruir los tubos milagrosos.

Pero los días en que el jefe de la casa se ausentaba del pueblo permanecían cerradas la tienda y la trastienda, y las mujeres, absortas al mediodía en sus labores culinarias, no podrían darse cuenta de los furtivos conciertos de Quintín.

Llegaba presuroso de la escuela. Con extremo sigilo abría la vidriera y la puerta de la trastienda. Una vez adentro volvía a cerrar completamente la puerta de vidrios, y dejaba las maderas de modo que una angosta banda de luz le evitase tropezar con las cosas. Bancos y cajones había para llegar hasta aquel mundo de canciones dormidas, y ya todo dispuesto, el aleteo de su corazón armonizaba con los compases sonoros que encendían la penumbra.

El concierto duraba hasta que las mujeres, advirtiendo el retardo del chiquillo, sabían donde encontrarle. Una reprimenda entonces y la obligación de volver aquellas maravillas a su sitio daban por concluido el concierto y con él el ensueño del oyente.

Mas en la tierra de su espíritu quedaría sembrado el nombre de Tomás Alba Edison, raíz del árbol eterno que siempre sacudirán las tempestades de la música.

EL SALTO

PASADAS LAS lluvias de abril o de septiembre y cuando el campo comenzaba a ocrearse, los familiares de Quintín solían organizar una excursión a "El Salto", la cascada que con la crecida del río cobraba una imponente hermosura.

De la mano de su nana, el alegre paseante estallaba en risas junto a la cruz de piedra con inscripciones latinas, que los jesuitas construyeron en el siglo XVII a la orilla del pueblo. Todo era campo abierto bajo la transparencia de la tarde recién lavada.

A la izquierda se abría el canal de la presa y al frente comenzaba entre dos álamos altísimos el camino de "El Salto", con sus márgenes salpicadas de amapolas y maravillas. Un agreste olor de simonillo

mezclado al de la tierra húmeda embalsamaba los pulmones, y el silencio campesino flotaba como una gasa azul en que las mariposas prendían iniciales de oro.

Traspuestos los cuadros de verdura y las espigas el terreno comenzaba a erizarse de montículos, y el bramar de las aguas, cada vez más audible, descubría la proximidad de la cascada. Allí estaba "El Salto", colérico de espumas lechosas, como la furia de mil corceles desbocados, precipitándose sobre la oscura garganta de rocas verticales.

Desde el mirador más cercano Quintín lo contemplaba sobrecogido, y más cuando a grandes voces quería comunicarse con su nana, y ni él escuchaba su propia voz y de la mujer que también gritaba sólo veía moverse los labios. Acaso llegó a pensar que la sordera debe ser como el continuo precipitarse de una catarata interior, cuyo estruendo impide percibir los sonidos del mundo.

Con el rostro cuajado de briznas como lágrimas, veía formarse el arcoiris en el abismo rocalloso, al traspasar los rayos oblicuos del sol los effluvios del agua.

La nana tenía que retirarlo del mirador con la promesa de buscarle chilitos en las biznagas, y ya con el regusto de aquellos frutos agrestes destilando en su boca, comenzaba la búsqueda de aquellas cactáceas como erizos verdes, que producían unas cápsulas de

vivo color magenta pletóricas de miel agridulce.

Con la tarde amarilla de sol poniente y cuando en los sauces del río comenzaban a desprezarse los tecolotes se iniciaba el regreso, por temor de la noche campesina poblada de siniestros horrores. Contábase que un clérigo se ahogó en "El Salto" cuando volvía de prestar los últimos auxilios a un moribundo, y que desde entonces, en las noches de creciente, se escuchaba una campanita por aquellos lugares.

Los paseantes entraban en el pueblo cuando Venus rielaba en las aguas de la presa, y el fuego del crepúsculo ponía tintes sangrientos en la cruz de piedra.

Ya en el comedor de su casa, a la mortecina luz del quinqué, el pequeño evocaba a lo largo de la merienda la tragedia del cura, y por miedo de oír la campanita si continuaba despierto, al decir de su madre, corría hasta la cama, y abrumado de tilmas se arrullaba con el rumor de la cascada, que en las noches tranquilas podía escucharse desde el pueblo.

La mano materna iba pesando cada vez más sobre sus párpados, y minutos después el cansado Quintín Paredes volvería, por los caminos del sueño, a co-retear por los campos de su tierra.

LAS COLMENAS

ES NATURAL que en los pueblos pequeños se conozca todo mundo y que el sentimiento de la amistad esté más arraigado entre sus gentes. Por ello Quintín Paredes entraba en todas las casas del pueblo como en la suya propia.

Tres o cuatro puertas más allá de ésta vivía Aleja Picón, tía del panadero y una de las mejores amigas de Quintín. El muchacho abría confiadamente el picaporte y de un salto se paraba en el umbral del cuarto de costura de aquella vieja larga y seca, que entre risas interiores parecía la muerte ciriqui-ciaca. Sentada ante su "Singer", Aleja lo veía por encima de las antiparras y, adivinando los deseos del visitante, le aseguraba que tan pronto como saliera de aquella taralata iría con él al huerto a enseñarle el col-

menar. Entonces el amigo, más impaciente que gentil, se arrodillaba ante la máquina y con el mango del volante imprimía a la matraca tal velocidad, que la buena señora pedía paz y daba por concluida su labor.

Y allá iba Quintín delante de la paciente Aleja, brincando por el corredor de parras en fruto, entre cuya verdura colgaban los pesados racimos, verdeamarillos unos, traspasados de sol, y otros negros y polvosos, como de azabache ceniciento.

Bajo fresnos copudos estaba el colmenar, una media docena de troncos huecos, horizontales, tapados herméticamente por la parte posterior, y al frente con una rueda de madera con orificios, por los que entraban y salían los moscos, según la denominación familiar de las abejas. El zumbir laborioso de los miles de obreras no cesaba ni por la noche, y si era tiempo propicio había que ver el espectáculo de capar una colmena. Protegido por un humazo de olote, el colmenero retiraba la tapa agujereada y con el tranchete iba despegando de la corteza las pencas de miel, que en sus manos lucían como topacios gigantes, reticulados por los exágonos de la cerosa geometría.

Otras veces el colmenero procedía a la fundación de una nueva colmena. Era cuando en lugar de miel las celdillas alojaban a los insectos recién llegados a la última etapa de su metamorfosis, los que, cuando se escapaba su reina, salían en zumbante y ordenado

escuadrón. El colmenero tocaba entonces una campanilla y a su conjuro el enjambre se posaba en la rama de un árbol, en la que parecía un racimo sonoro. Hasta él trepaba el hombre con el tronco previamente dispuesto, dentro del cual quedaba capturado el enjambre que había de acrecentar el melifluo tesoro de Aleja.

Pero como raras veces podía Quintín disfrutar de aquellos espectáculos, tenía que conformarse con la miel ya cernida, espolvoreada de queso fresco, con que Aleja le obsequiaba, o bien con las astillas chorreantes de alguna penca.

Las visitas terminaban siempre con el ejemplo de laboriosidad que el niño debía tomar de los moscos, por consejo de Aleja, consejo que nunca le hizo gracia a su goloso amigo. ¿No hubiera resultado mejor que aquella bonísima mujer, a propósito de las abejas cuya labor estaba destinada a endulzar la holgazanería y a quemarse en el altar del padre González, hubiese demostrado a Quintín que nadie sabe para quién trabaja?

LA PRIMA LUPE

CON LOS calores del estío la prima Lupe, clavel de adolescencia, llegaba con algunos familiares al pueblo a pasar la temporada veraniega. La prima Lupe vivía en Tampico, y al contrario de las golondrinas, que huyen del invierno, ella huía del verano costeño, y con su presencia dejaba un nuevo sabor en las cosas, como si las impregnase de sales marinas. Quintín profesaba un extraño afecto a la muchacha, y junto a ella el aire se le volvía húmedo y tibio, como el que se respira cuando las lluvias de junio hacen vaporizar la tierra.

Como la prima Lupe se hospedaba en la casa de su abuela, y el galerón donde el maestro Cecilio ejercía su ministerio formaba parte de la misma casona, los escolares podían contemplar de reojo los ocios de

la muchacha en el patio. Los grandullones se revolían en los pupitres al verla salir, con la fresca de las once, a regar las macetas, a poner alpiste en las jaulas de los canarios o a examinar las calabazas y las chilacayotas que la abuela ponía a orear bajo las higueras. De blusa y falda corta, sin medias y con tacones altos, la prima de Quintín era el blanco de aquellas miradas furtivas, y cuando al inclinarse para sopesar las cucurbitáceas el borde de su falda descubría los hoyuelos de las corvas, los grandullones golpeaban con el codo a los pequeños, que no comprendían la causa de aquel entusiasmo.

Otras veces, en los rarísimos días de asueto, Quintín ayudaba a su prima a regar las lechugas de la huerta. Junto al pozo de aguas azules, que tenían un pastoso sabor de chicle, Lupe levantaba los brazos para jalar la cuerda del bambilete, y aquel movimiento ponía más de relieve las dos limas de su pecho y descubría la incipiente pelusa de sus axilas. Rechinaban los morillos del bambilete, y el acompasado jaloneo de las manos iba haciendo descender la cubeta hasta tocar el espejo del agua; una brusca ondulación de la sogá bastaba para sumergirla, y ya llena era cuestión de soliviarla una vez, y las piedras del contrapeso, amarradas en el otro extremo de la viga, se encargaban de subir la cubeta hasta la boca del pozo, desde la que el agua era vertida en la acequia.

El día resultaba redondo para Quintín, si después

de aquellas mañanas idílicas y de las tardes de excursión al campo se pasaban las horas de la velada junto a la prima Lupe. A la luz de una veladora color de malva los contertulios gustaban del rompopo, de los pastelillos y de la charla de doña Marta, y si alguno de ellos refería historias de aparecidos, la sombra del abuelo parecía flotar en el ambiente como si fuera a corporizarse. Los visitantes despedíanse a las diez cuando muy tarde, y Quintín se llevaba por las calles oscuras la imagen de aquel rostro, en el que cabrilleaban la miel de los ojos y la leche de los dientes.

Pero una mañana la prima Lupe ya no estaba en el pueblo, y algo como la mariposa de la nostalgia revoloteaba en torno de Quintín. Olvidándose del libro abierto, sus ojos subían hasta el nido de la techumbre y tampoco encontraban las golondrinas. Más largas y monótonas que nunca le parecían las horas del estudio, como si el campanero se hubiese olvidado de dar las doce. Por fin se escuchaba el eco de la campana dolorosa, y al cruzar por el patio de la escuela para volver a su casa, acaso descubría Quintín una gota de agua temblando sobre el vellón de su suéter.

LOS BARILLEROS

Los días de mercado en los pueblos pequeños solían ser los domingos. En tales días los barilleros nómadas llegaban a los pueblos dormidos, y en la plaza o bajo los árboles de alguna calleja sacaban a la luz sus tesoros. Sobre una improvisada plataforma cubierta con una manta, o simplemente sobre la manta extendida en el suelo, exponían a los ojos de los marchantes y de los curiosos las mercancías más disím-bolas, procedentes de lejanos y exóticos países. Junto a los niveles y las plumadas o junto a las garlopas y los serruchos, lucían los abalorios para las muchachas y los juguetes para los niños.

En tiempos de Quintín destacaban, entre los primeros, los listones de seda traídos de Francia, como arcoiris en miniatura; las tiras bordadas de Suiza que

orlaban los fondos y los corpiños fragantes de membrillos maduros; las peinetas de carey, dignos remates de los peinados altos que dejaban al descubierto la morbidez de la nuca; las ligas de fantasía que habrían de circundar de rosas pequeñas la satinada turgencia de los muslos; las pañoletas de Japón como jardiniillos flotantes; los cinturones de piel troquelada, que al apretarse sobre las caderas ponían más de relieve la altura de los senos y el vuelo circular de la falda; los collares de papelillo, verdes, azules o solferinos, que anudándose al cuello caían en sarta sobre el temblor de la blusa; las lunitas con la efigie de San Antonio en el reverso, cuyo azogue duplicaba la hermosura de las mujeres pueblerinas.

Entre los juguetes llamaban la atención de Quintín los organillos de "El Centenario", fabricados en Alemania para celebrar el de la Independencia de México, en uno de los cuales tocaba el diablo del barillero "Las Mañanitas", "La Golondrina" o "La Paloma", con el asombro y la envidia de los pequeños; los pitos de agua, aquellos conos de hojalata indispensables en las posadas, los que a medio llenarse y al soplar por el tubito soldado a la base imitaban el gorjeo de los pájaros; las flautas de lámina con las que podía encantarse a las serpientes, al decir del barillero; los espantasuegras, unas espirales de papel encerado, con un pito en un cabo y una pluma en el otro, las que al soplar con fuerza se distendían furiosamente; los pitos de garbanzo, panzudos y escandalosos como los

de los agentes de tránsito; los de celuloide, de voces múltiples, como los que usan los afiladores, y, fabricados con el barro de la patria, los pitos redondos, los tecolotes y las cornetas de San Juan.

Pero las preferencias de Quintín estaban reservadas a las canicas. Junto al montón de las hechas de barro que se desteñían en los dedos, alineadas en sus cajas de cartón estaban las canicas de lujo: los ágates, de cristal cuajado y color uniforme; las gotas, de vidrio transparente, como esmeraldas o aguamarinas, rojas de sangre desleída o ámbares como esferitas de miel; los mosaicos, de cristal purísimo con hilos de colores en su interior que formaban un huso de polo a polo; los ponches, de vidrio coloreado y con grumos lechosos en su masa.

Los demás objetos quedaban fuera de la observación de Quintín; pero aquellos abigarrados conjuntos le despertaron tan grata emoción que todavía, cuando va por las calles de la ciudad, gusta de detenerse ante los aparadores de las mercerías, y cuando entre las baratijas espurias de hoy descubre alguna que aún se muestre orgullosa de su origen, se le ilumina el rostro, y algo como las voces de una ronda de niños vuelve a humedecerle los páramos del alma.

EL TELESCOPIO

ENCARAMADO SOBRE el calicanto de la presa con un catalejo de su padre que se llevaba a hurtadillas, Quintín Paredes ensanchaba su espíritu de horizontes y panoramas. Solo en su mirador desplegaba los cuatro cuerpos del antejo y, tras de lograr el enfoque preciso, sonreía al ver danzar en el campo del objetivo y casi al alcance de la mano los elementos del paisaje. Todo el campo era suyo bajo el amplio fanal de la mañana esplendorosa.

Al norte se divisaba la doble fila de álamos que marcaban el curso del río; a la izquierda de ellos adivinábase la hondonada de "El Salto", y trasponiendo la loma se veía como una mancha color de rosa la torre de San Isidro, la aldea más cercana al pueblo. Al oriente veíase la cruz de piedra y más allá los rectán-

gulos de las huertas, los altos perales y las melgas de alfalfa, los tepetates y las nopaleras de Catarranas. De cuando en cuando la nube de polvo que levantaba algún guayín en marcha esfumaba el horizonte. Al sur cerrábase la perspectiva por las masas de la iglesia y de las casas contiguas; sólo subiendo hacia el occidente se divisaban los corrales de la hacienda, y detrás del pueblo las protuberancias y las depresiones calizas que en época de lluvias formaban ojos de agua que servían de albercas naturales a los vecinos. Al poniente las aguas de la presa que en los confines lamían la falda de la sierra, y sobre cuyo vidrio rugoso deslizábanse los patos silvestres. Alguna vez se levantaban en rosario por los aires y el espectador podía seguir por el cielo el batir de las alas.

Rendido de mirajes descendía Quintín por una de las tres escalinatas de la cortina, al pie de las cuales y en sus nichos volados estaban los hidrantes de cobre. Si él hubiese contado con una llave de tuercas, su mayor gozo hubiera sido el abrir uno de ellos para ver brotar el chorro de agua sobre los canales de regadío.

Siguiendo la hilera de los sauces llorones que mecían sus guedejas de verdura a lo largo del calicanto, caminaba el vigía en busca de otras atalayas, y sólo cuando el disco solar se convertía en polo de aquella esfera azul, regresaba a su casa con la idea de solazarse en un nuevo deleite que pudiera brindarle el anteojo.

Con impaciencia esperaba la noche, y cuando la luna abría sobre el pueblo su azucena de azogue y los adobes de las paredes simulaban lingotes de plata, el aprendiz de astrónomo salía al huerto en penumbra y con las manos trémulas enfilaba el catalejo hacia la redonda cara del satélite. Grande era su decepción cuando los océanos y las montañas lunares aparecían como diminutas manchas oscuras y blanquecinas. La desilusión de las estrellas era todavía mayor, pues en el campo de la lente resultaban insignificantes borrones luminosos.

Pero a cambio de aquellas decepciones el antejo podía proporcionarle múltiples goces. El último de mayo por ejemplo, fecha de solemnidad religiosa, podía contemplar desde su casa como si estuviera ante ellos los giros multicolores de los danzantes junto a la iglesia; otras veces podía ver al perico de Catarina, una anciana que vivía frente a la plaza y cuyo único y verde compañero tomaba el sol en una ménsula del muro exterior; otras pasaba por el círculo del catalejo el carcamal pedagógico, con su paso trotón, y el escolar podía reírse a sus anchas de don Cecilio sin temor de la regla de ébano; otras, en fin, desde alguna azotea podía entrometerse sin ser visto en cuanto hacían o dejaban de hacer las mujeres de las casas ajenas. Todo lo descubría el indiscreto telescopio, aquel milagro de la óptica, que aniquilando distancias pudo proyectar sobre la avidéz de aquellos ojos como pantallas vírgenes la belleza inmutable de las cosas.

EL LAVATORIO

DE todos los del año, el día más hermoso para Quintín Paredes era el jueves santo, no porque comprendiese su significación, sino por la blancura del sol que ponía en todas las cosas una gracia de estreno. No era el sol familiar de los días iguales, ni el sol un tanto empalagoso de los domingos que por las tardes cobraba una tristeza de campo solitario; era un sol alegre de cielos abiertos que santificaba el silencio azul de la mañana.

Reverdecían los huertos en un errátil aroma de azucenas, y el tableteo de las matracas reventaba en el aire los rosales de la Pasión antigua.

En la iglesia del pueblo celebrábanse los oficios litúrgicos entre el gorjeo de los tzenzontles, de las ca-

landrias, de los magalones y de los clarines, cautivos en las jaulas que pendían de las bóvedas. Por los altos ventanales entraban oblicuamente los rayos del sol, en cuyos haces plisados se doraban sutiles partículas de polvo. Cortinas de color morado pasión cubrían los altares y las efigies de los santos, y ornaban las cornisas de la iglesia y los albos manteles del monumento naranjas lustrosas con banderitas de oropel. El verde tierno del trigo recién nacido emergía de los tuestos vi-driados, y las rubias espigas anticipaban la conversión del pan entre el olor de los ramos de manzanilla esparcidos sobre las gradas del comulgatorio. Esferas de colores encendían sus fanales en la clara penumbra.

A las tres de la tarde se iniciaba la ceremonia de "El Lavatorio", en la que el sacerdote debía revivir ante los fieles la humildad de Cristo, lavando con sus propias manos los pies a doce hombres humildes que representaban a los apóstoles. Para el caso se colocaba en el presbiterio, frente al altar mayor, el banco de madera donde habrían de sentarse los elegidos. Ahí estaban, entre otros, Natividad el carpintero, vestido como San José, con su túnica verde bandera y su manto color de azafrán; Severo el albañil, vestido de túnica encarnada y blanco manto; Plácido el labrador, con túnica solferina y manto verde mar.

Salían los acólitos de la sacristía, uno con un aguamanil, otro con una jarra de peltre llena de agua

y otro más con una toalla blanquísima. Detrás de ellos caminaba el padre González muy compenetrado de su divina representación. Colocaba el acólito el aguamanil a los pies del primer apóstol, vertía el otro monaguillo un chorro de agua, y arrodillándose ante el ingenuo discípulo lavaba el sacerdote aquellos rudos pies, previamente lavados, y enjugábalos con la toalla. Se repetía la fórmula con los once restantes, y al acabar con el último, los conmovidos fieles creían ver sobre la cabeza del padre un halo de santidad.

A Quintín le hubiera gustado participar en aquellas sagradas abluciones, por más que lo dilatado de la ceremonia la causara una febril impaciencia, sobre todo cuando llegaban hasta sus oídos las voces de los dulceros que en la plazoleta del templo pregonaban el algodón de azúcar, las charamuscas y las trompadas.

Al caer la tarde, una tarde anaranjada con sonar de cencerros en los corrales, y tras de haber rezado el *Vía Crucis* y la "Visita de los Siete Altares", salía el obligado penitente a la plaza de las vendimias, cuya atmósfera comenzaba a erizarse de amarillentas luces de petróleo.

Ya oscurecido, y con las bolsas del traje nuevo llenas de aquellos dulces de piloncillo que se enroscaban alrededor de un coquito de aceite, se aparecía en el comedor de su casa, en donde le esperaba una jarra sudorosa de puro fresca que contenía la ensalada de

cuaresma: agua de azúcar con lechuga picada, rodajas de plátano y triángulos de naranja. La merienda transcurría en silencio, y afuera los cuatro rincones de la noche bíblica se unían en un crucero claveteado de estrellas.

EL VIERNES SANTO

EL VIERNES santo pesaba sobre el pueblo como una extraña mezcla de entusiasmo y de tragedia. El sol caía como lluvia de vidrio derretido y las cosas recortaban sus perfiles formidables con una gravedad inusitada.

Pasado el mediodía los cauces de las calles desbordaban de fieles presurosos que dirigían sus pasos a la iglesia, donde había de celebrarse el oficio de "Las Siete Palabras".

Reverberaba el templo de fervores antiguos, y bajo los rebozos las mujeres del pueblo contraían en una mueca dolorosa el rostro de aceituna, mientras las muchachas de la llamada buena sociedad se esponjaban de lutos que ponían más de relieve la albura de la tez, donde los ojos ardían como lámparas.

Frente al lienzo morado del altar mayor y sobre el montículo de madera que simulaba el monte Calvario estaban las imágenes, de tamaño natural, de los protagonistas de la tragedia: Dimas y Gestas amarrados a las cruces y enmedio el crucifijo punzado de hierros homicidas. A la diestra del crucifijo el buen ladrón desfloraba su arrepentimiento como único recurso para robarse el cielo, y a la izquierda el otro delincuente, el malo, dictaba fiero al mundo su lección de supremo escepticismo. El santo Cristo era una de esas imágenes terribles de las iglesias pobres. Lacerado exageradamente el cuerpo del Señor, su rostro parecía un racimo sanguinolento bajo la corona de espinas, la espalda era una enorme costra roja y en las extremidades inferiores los estragos del suplicio habían dejado al descubierto rótulas y tibias. En el colmo de su sadismo religioso el escultor de aquella figura le había colocado goznes en el cuello, lo que mediante dos hilos amarrados a las argollas de la nuca y el mentón, permitía hacer boquear al crucifijo para mostrar más a lo vivo la agonía de Jesús a los fieles.

Posesionábase de la sagrada tribuna el padre González, y reduciendo a uno solo los siete consabidos sermones, más por falta de recursos oratorios que por exceso de economía ritual, comentaba por enésima vez ante el auditorio las siete expresiones últimas del Nazareno.

Fluía el hilo del sermón entre lágrimas silencio-

sas y apagados sollozos de la gente, pero al llegar a aquello de "¡Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu!", la tonante voz del sacerdote subía hasta su más alto registro, jalaba un acólito los hilos del crucifijo para hacerle boquear, y entonces los alaridos de las viejas hacían estremecerse el sacro recinto. Algunas veces se le pasaba la mano al monaguillo, y en lugar de las tres boqueadas reglamentarias hacía dar a la imagen más de media docena, lo que prolongaba aquella histeria colectiva que había de llegar al paroxismo cuando los acólitos, ocultos tras el montículo de las cruces, producían relámpagos de breca y con una lámina imitaban el fragor del trueno.

Descendía sudoroso y sonriente el sacerdote, de aquel púlpito que tantas veces fuera testigo de su elocuencia o de su infortunio, y por largo tiempo quedaba flotando en el ambiente un hálito de congoja. Procedíase a la ceremonia de "El Descendimiento", que consistía en retirar de las cruces a los ajusticiados, y desentendiéndose los organizadores de aquella "Pasión de bulto" de las figuras de los ladrones, colocaban a Cristo a los pies de la Dolorosa y de San Juan, a quienes acompañaban la Magdalena y el Cireneo.

Dos o tres horas más tarde el padre González volvería a subir al púlpito para pronunciar el sermón del "Pésame" a la Virgen, enlutada y contrita bajo las cruces solas de cuyos brazos pendían paños mortuorios, y así terminaban los ejercicios del viernes san-

to, a la luz de las linternas agonizantes y entre la impaciencia de algunos fariseos ansiosos de volver a su vida cotidiana.

Por las calles calizas de luna llena regresaba Quintín de la mano de su padre viendo cómo sus siluetas se movían sobre el polvo. Cuando por la banqueta les rebasaba alguna de aquellas muchachas vestidas de negro, un olor de ciruelas se mezclaba al aroma de la tierra mojada. La túnica del silencio descendía como una mortaja sobre el pueblo, y la noche era una sombra arrodillada que a la mañana siguiente habrían de disipar las esquilas de la gloria.

LA HUERTA

LAS MAÑANAS de los sábados que no se le ocurría a don Cecilio citar a sus alumnos para darles una lección de historia sagrada las pasaba Quintín en la huerta grande.

Al filo de las nueve y en compañía de Pantaleón el mozo, entraba en el zaguán del caserón, y "Nelson", el perrazo policía con cruz de coyote, que guardaba la finca por las noches, recibíale con grandes muestras de alegría, saltando sobre sus hombros y tumbándolo las más de las veces.

Los cuartos de la casa eran graneros que circundaban el patio sembrado de eucaliptos, a cuyo fondo se abría la entrada de la huerta que abundaba en árboles frutales. Ahí estaban las higueras, nudosas y

sin gracia, pero luciendo al sol las joyas moradas de las brevas entre las hojas de verde lija; los perales altísimos que producían aquellas peras de agua grandes y tan pecosas que parecían de color café, o las peritas corpeñas de un verde tan limpio que costaba trabajo descubrirlas entre las hojas; los membrillos, arbustos de hojas velludas y frutos dorados y olorosos, que habían de servir para la cajeta y la jalea después de perfumar los arcones de la ropa blanca; los manzanos, padres de aquellas manzanas amarillas y ruborosas, hembras de los membrillos y arquetipo de las frutas; los ciruelos de gordas esferas rojinegras y olor paradisiáco; los duraznos machos, que no lo eran porque recordaban incitantes mejillas femeninas cuando no sangraban del corazón; los chabacanos, como priscos pequeños y amarillos; los naranjos con sus bolas de fuego entre las hojas lustrosas; los limoneros como verdes jaulas de mil canarios; las vides dionisiácas de hojas pudibundas que ocultaban a los racimos pesados de embriaguez; los aguacates, en fin, con sus pequeños odres de mantequilla vegetal.

Siguiendo la acequia por la que se deslizaba un brazo de río, había un carrizal donde Quintín gustaba de esconderse de Pantaleón o de las lavanderas que cumplían su encargo junto al cauce. ¡Qué delicia encontrar un carrizo tierno y derecho y desnudarle para tocar sus canutos de un verde terso y claro! ¡Lástima que tan pronto se marchitara y palidciera su lozanía!

Durante la mañana y las primeras horas de la tarde los pájaros podían dedicarse libremente a sus juegos; no así al oscurecer, en que no quedaba ninguno por temor de los tecolotes que anidaban en el fresno gigante de la entrada. Quintín se divertía viendo a los tordos, desgarrados y escandalosos, picotear los higos y comunicarles esa dulzura que sólo tienen los higos picoteados de pájaro; se estremecía ligeramente cuando junto a él levantaban las conguitas su vuelo de sonaja, y acaso languidecía al escuchar el tristísimo arrullo de la paloma querestuna, la que según refiere la leyenda canta con tal acento de dolor porque fue el único de los animales que, por estarse acicalando, no alcanzó la bendición de San Antonio Abad.

Hasta la hora de comer salían de la huerta, las mujeres con chiquihuites llenos de nudos de ropa limpia, Pantaleón con una canasta rebosante de fruta, Quintín en su caballo de carrizo y "Nelson" haciendo zalamerías y asustando a los perros callejeros.

Cuando supo Quintín que ya no podría ir a la huerta por haberla adquirido un nuevo rico, se le nublaron los ojos y se le reveló de golpe la aridez del pueblo. Ese día fue también el de la pérdida de "Nelson" que no regresó nunca. Tal vez por esos hechos dolorosos cuando Quintín Paredes visita alguna huerta, recuerda con nostalgia la de su niñez, y le parece tener ante sí las cuentas de aquellos ojos húmedos y fieles.

LAS TUNAS

EN LAS tardes de agosto, después de que las últimas lluvias estivales habían refrescado el ambiente, las lecciones de don Cecilio resultaban más insoportables a la impaciencia de sus alumnos, ansiosos de salir a disfrutar de la gloria campesina. Quintín canturreaba las oraciones de su libro mentiroso, cuando de buenas a primeras entraba su nana en el salón y dirigiéndose al maestro cambiaba con él unas frases en voz baja. Adivinando el buen augurio el escolar cerraba el libro, y con el corazón saltándole en el pecho recibía la licencia para retirarse.

En el camino la nana le decía que sólo a él esperaban para irse a "Las Jarillas", donde habían madurado las tunas primerizas.

En el "fortingo" de su padre salía la excursión familiar por los arenales de Cantarranas. Un rápido ascenso, una vuelta a la izquierda, y cien pasos después abría al oriente la "Puerta Colorada", de donde arrancaba el camino a las nopaleras. El "fortingo" iba saltando como araña zancuda por las avenidas de órganos como obeliscos de jade, y de magueyes de cuyas coronas gigantescas emergían los verdes candelabros de los quiotes. Pocos kilómetros más allá recortábase bajo el ciclo aborregado el cono de Santa Regina, uno de aquellos hermosos graneros fabricados con piedra y argamasa, en cuyo interior se apolillaba la codicia de los hacendados.

El vehículo saltarín torcía hacia la derecha y ya estaban ahí los nopales y los pirules de "Las Jarillas", a cuya sombra Pantaleón había formado montículos con los agrestes frutos. Los había de tunas mansas, de un verde desleído, casi blancas y de un gusto suavísimo; de tunas amarillas como topacios de dulzura, de tunas apastilladas, tan dulces como aquellas, pero de un rojo granate con filamentos amarillos, y sobre todo las había de tunas cardonas, pequeñas, generosas, de un elegante color carmesí, las más solicitadas y sin embargo las más pródigas.

Barría Pantaleón los montones de tunas con un manojo de simonillo para remover las espinas, vertía sobre ellos un chorro de agua fresca, y una a una, con tres hábiles incisiones del tranchete, las iba desnudan-

do de la corteza gelatinosa para trasladarlas a los fruteros. A Quintín le gustaba tomar las tunas de la misma cáscara y paladearlas con regodeo de canónigo, sosteniendo una en cada mano.

Así pasaba la tarde campesina, hasta que el cielo grisáceo aparecía como una gasa prendida de alfileres y en los matorrales comenzaban a arder los ojos de los coyotes.

Los paseantes volvían por los caminos crepusculares, a cuyos bordes los órganos habíanse tornado de obsidiana y los magueyes destacaban sus tallos como candiles de velas apagadas. El automóvil daba saltos de fantasma por la brecha rojante de sol traspuesto, y al llegar a la "Puerta Colorada" Quintín volvía sus ojos hacia el río en cuyas márgenes agitaban los sauces sus guedejas de sombra. Aún podía ver frente a ellos el bulto blanco de la mojonera que marcaba los vértices de las heredades, y acaso se estremeciera de pavor al escuchar el silbido de una lechuza que levantaba el vuelo desde el garabato de algún huizache.

Camino abajo, por las crestas sonoras de los tepetates iba acercándose con los suyos al pueblo, donde ya las linternas de gasolina o los aparatos de petróleo de las tiendas dibujaban sobre el suelo de las calles los rectángulos de luz, verdosos o amarillentos, que formaban los vanos de las puertas. En una es-

quina un rancho tocaba el organillo, recargado en la piedra que servía para amarrar los caballos, y frente a la casa del correo la volanda dormía libre de su mula, con los yugos clavados en el polvo.

Con dos pinceladas de noche sobre los ojos bajaba del automóvil, y aquella quietud de pueblo mínimo en los umbrales del reposo se convertía en marco para los sueños de un escolar, que aún llevaba en los labios el sabor del campo.

LAS POSADAS

ACASO LAS temporadas más felices en la niñez de Quintín Paredes hayan sido las que comprendían las Posadas. En su pueblo llamábanse Jornadas y con gran regocijo se celebraban en la casa paterna.

En las noches glaciales de diciembre se reunían familiares y amigos en la sala para rezar el novenario, frente al nacimiento fragante de pinos de la sierra y entrecano de pastle. A la oscilante luz de los quinqués, la rezandera oficial del pueblo iba desgranando padrenuestros y avemarías entre el coro de los presentes, y las muchachas cantaban los misterios con voces que parecían chorros de fuente, mientras los chiquillos sacaban canoros gorjeos de los pitos de agua.

... A la hora de cantar la letanía los padrinos de la

posada se ofrecían solícitos para cargar las andas de los peregrinos: San José con su túnica verde y su manto gualda, apoyado en su vara florecida, y la Virgen con su túnica blanca y su manto azul, sentada sobre la burrita de terracota; los dos humildes caminantes con sombreritos de paja de arroz bajo el bosquecillo de olorosa verdura.

Salía la procesión entre los latines barbarísimos de la letanía por el patio irisado de faroles que pendían de los árboles, unos cilíndricos y con pliegues de acordeón, otros como enormes mandarinas puestas de canto. Delante iba la tropa menuda portando velitas de colores, torcidas como columnas salomónicas; detrás los convidados mayores con velas más formales y por último los padrinos de la posada con el retablo a cuestas.

Al llegar a la puerta cerrada del primer cuarto, un grupo de muchachas imploraba cantando la hospitalidad de aquella casa en nombre de los santos peregrinos, y otro grupo de voces previamente encerradas respondía desde adentro negando el favor por no quedar ya sitio para más huéspedes. Repetíase la ceremonia frente al cuarto siguiente con igual resultado, pero a la tercera vez se franqueaban alegremente las puertas a los caminantes, y así terminaba la liturgia doméstica.

Volvían los convidados a la sala y entonces co-

menzaba la parte social de la posada. Los padrinos hacían desfilar ante la concurrencia los canastones de fruta: limas, naranjas, limones reales, tejocotes, guayabas, cacahuates y trozos de caña dulce. Venían luego las charolas copeteadas de colaciones, aquellos confites chinos y pintados, con sabor de anís y un comino en el corazón; las de los aguinaldos, ya fueran canastitas o muñecos de papel crepé llenos de chocolates, galletas y caramelos, y por último las charolas de los ponches de guayaba, de canela o tamarindo, vaporizantes y agresivos de alcohol.

En el patio los chiquillos encendían luces de Bengala, de pavesas inofensivas, entre los cohetes de colores y los saltapericos, y poco después se dedicaban a quebrar la piñata. Uno a uno, con los ojos vendados, iba esgrimiendo el garrote ante la olla ventruda y esponjada de papel de China simulando un cisne, un loro, una estrella o una lechuga. El afortunado que lograba despanzurrar de un palo la piñata y hacer caer al suelo las frutales entrañas era el único que no alcanzaba parte en el botín, pero en cambio le cabía el honor de haber triunfado sobre aquella esquivia de aéreos coqueteos.

La última posada, la de la noche buena, correspondía por tradición a los dueños de la casa, los que con verdadera liberalidad añadían a los obsequios de costumbre la abundancia de los buñuelos, de los tamales y el atole de leche, de cuyo regalo podía parti-

cipar todo el que aun sin ser amigo de la casa se dignase visitarla.

Mas aquellas generosas posadas de los pueblos se han quedado a la zaga del tiempo como nubes distantes. ¡Qué lejos se quedó la largueza de las casas sin puertas! ¡Qué lejos están los Santos Reyes, que los niños veían avanzar por el cielo en la cintura de Orión! ¡Qué lejos el nacimiento familiar! ¡Qué lejos la ingenua, la santa alegría de las posadas caseras!

Quintín Paredes no puede menos de sentirse entristecido ante el derrumbe de las tradiciones más puras de su pueblo, por más que el escepticismo de la madurez haya acabado por secarle el alma.

* * *

Y aquí concluye este libro de sus evocaciones, con un silencio de esquila abandonada.

3

INDICE

<i>La casa</i>	7
<i>La señora de don Pascual</i>	11
<i>Los arrieros</i>	15
<i>La fruta de horno</i>	19
<i>El padre González</i>	25
<i>Los chicales</i>	27
<i>La lotería</i>	31
<i>Las campanas</i>	37
<i>La escuela</i>	41
<i>El fonógrafo</i>	45
<i>El Salto</i>	49
<i>Las colmemas</i>	53
<i>La prima Lupe</i>	57
<i>Los barilleros</i>	61
<i>El telescopio</i>	65
<i>El lavatorio</i>	69

<i>El viernes santo</i>	73
<i>La huerta</i>	77
<i>Las tunas</i>	81
<i>Las posadas</i>	85

POR ACUERDO DEL SR. REC-
TOR DE LA UNIVERSIDAD AU-
TÓNOMA DE SAN LUIS POTO-
SÍ, DR. JESÚS N. NOYOLA,
ESTE LIBRO SE IMPRIMIÓ EN
LOS TALLERES GRÁFICOS DE
LA EDITORIAL UNIVERSITARIA
POTOSINA. LA EDICIÓN ESTU-
VO AL CUIDADO DEL AUTOR Y
FUE CONCLUIDA EL 14 DE
OCTUBRE DE 1961.

